

El fondo de la maleta

Los hermanos Mayores

Un fantasma recorre las televisiones europeas, como si la televisión misma no fuera una colección de fantasmas: los programas que juegan a *reality show* y reúnen en un espacio cerrado a un grupo de personas seleccionadas por escrutinio, que deben convivir cierto tiempo y ser suprimidas del conjunto por voto de la audiencia, una por una. Finalmente, el solitario persistente gana el concurso.

El primer intento fue una traducción apresurada del *big brother* inglés (lo que llamamos, en español, hermano mayor): *El gran hermano*. Ahora insisten dos secuelas: *Sobrevivientes* y *El bus*. Aparentemente, se trata de observar la cotidiana convivencia de los integrantes de un grupo. Lo curioso es que no hay cotidianeidad (porque no hacen una vida realmente diaria, sino que están encerrados en un espacio artificialmente construido, una escenografía), ni grupo (no se han reunido por su propia voluntad sino que los ha seleccionado un equipo profesional), ni hay, por lo mismo, convivencia. El grupo se va deshaciendo por obra de la selección negativa, se va convirtiendo en una historia de descartes.

Mientras tanto, los personajes van contándonos hechos del día a día, sin mayor estructura narrativa, o sea que

no asistimos tampoco a una historia. Es el pseudorrelato de la vida de Don Nadie a quien no le pasa nada. La culminación es un premio al ganador, que no ha hecho tampoco nada para obtenerlo. Si se quiere, el vaciado en negativo o la caricatura de la famosa competitividad que anima a las sociedades emprendedoras y mercantilizadas de nuestro tiempo.

Del otro lado ¿qué hace el espectador de estos programas? Asiste a unas escenas de carácter artificial que no alcanzan a constituirse en ficción y a una intimidad que tampoco lo es, porque el ojo del Hermano Mayor (el público) la controla y la cristaliza como espectáculo. Cabe pensar que estos espectadores quieren que les cuenten cómo es la vida diaria porque están extrañados de su propia vida diaria. Nada alcanza auténtica realidad si no lo legitima la televisión, que es, en último análisis, el verdadero Hermano Mayor. Pero lo que la televisión nos da no es la vida real ni el sistema de fantasmas que, tradicionalmente, nos ha proporcionado el arte. Es lo que ciertos pensadores de lo postmoderno denominan la *hiperrealidad*, un éxtasis provocado por un artefacto técnico y que nos conduce a la disolución de los límites entre el sujeto y el objeto. Es un radical como-sí: hagamos de cuenta

que somos sujetos y que estamos ante unos objetos, y hagamos de cuenta que los tales objetos lo son, objetivamente. Mientras tanto, los hermanos mayores, que tampoco

pertenecen a nuestra familia a pesar de la etiqueta que se les ha adherido, se disuelven en el anonimato de los *consultings*, los *ratings*, los *selling managements* y los *inputs*.

